

## Acoger: un corazón que escucha, abraza y permanece

(*Una lectura vivencial de Evangelii Gaudium*)

Hay cosas que uno aprende en el camino, no por estudio, sino por roce. Por roce con la vida, con las personas, con la propia herida. Y es que el Evangelio, cuando se vive de verdad, nunca es teoría elevada ni consigna moral, es carne, historia, es alguien que toca a alguien y en ese gesto algo se transforma, aunque nadie lo haya anunciado con trompetas. Al final, en lo más hondo, el Evangelio es **un modo de mirar y de estar**. Un modo de acercarse y sí, de amar.

La Iglesia tiene palabras hermosas para hablar de esto, palabras que a fuerza de repetir, quizá han dejado de sorprendernos. En *Evangelii Gaudium* Francisco hace algo que me commueve: baja esas palabras al suelo. Nos dice que evangelizar es **primero acoger** y no como un “ser amable” de manual parroquial, sino como un gesto que nace de la conciencia de haber sido acogidos por Dios cuando no teníamos nada para ofrecer. Ahí se juega todo. Si no dejamos que esa verdad nos toque, lo demás se vuelve actuación y actuar cansa.

Acoger es **hacer espacio**. Un espacio real donde el otro pueda respirar sin sentirse evaluado. No es: “te recibo, pero cambia”. No es: “puedes entrar, pero aquí obedeces”. No es sentirse acogido siempre y cuando te ajustes a mi manera de percibir las cosas. Acoger es otra cosa, una acción casi sagrada. Es decir: *puedes existir frente a mí sin disfrazarte*. Y eso, en un mundo que nos obliga a estar siempre correctos, presentables, políticamente correctos y eficaces, es un milagro, también en la Iglesia. Porque, aunque duela reconocerlo, en ocasiones hemos reducido la fe a un mérito moral. Pero si Dios hubiera esperado que fuéramos “aptos”, aún estaríamos en la puerta.

Luego está **escuchar**. No escuchar para responder, no es escuchar para corregir. Es escuchar para **dejar que la persona sea lo que es**. Y esto cuesta, entre otras cosas, porque tenemos mucho ruido interior. A veces no nos escuchamos ni a nosotros mismos. Torralba, un filósofo y teólogo de nuestro tiempo, lo dice con una claridad que casi incomoda: el narcisismo, la prisa, el prejuicio y el miedo nos tapan los oídos del alma. Lo vemos cuando alguien se acerca a contarnos algo y nuestra cabeza va dos pasos adelante, buscando consejo, solución o cierre. Como si escuchar fuese “hacer algo”. Pero escuchar, de verdad escuchar, es **quedarse descalzo frente a la tierra sagrada del otro**.

Y es aquí donde la metáfora del payaso, de Søren Kierkegaard (filósofo y teólogo danés del siglo XIX) nos ilumina un poco. El payaso corre a avisar que el circo se está quemando, pero como llega disfrazado, nadie le cree. Y el pueblo arde de risa hasta que arde después con el fuego. Y pienso: cuántas veces no escuchamos a alguien porque no nos gusta cómo habla, cómo viste, cómo siente, cómo respira, por su acento o por su color de piel, porque no piensa como yo o porque “no es de los míos”. Cuántas veces Dios quiso advertirnos o consolarnos y llegó con la cara

equivocada para nuestras expectativas. A veces, la voz de Dios llega disfrazada de payaso y nosotros, por pretenciosos, la dejamos afuera.

Y luego está **abrazar**. Y aquí no hablo solo del abrazo físico, que también es lenguaje, sino del abrazo como gesto de **no huir del dolor del otro**. Jesús abrazó lo enfermo, lo manchado, lo débil. No esperó que sanaran para acercarse, se acercó y eso abrió la posibilidad de sanación. La misericordia es así: no pregunta primero qué pasó. No clasifica, no mide; no dice “cuando cambies entonces te abrazaré”. La misericordia solo se acerca y abraza. Cuando una persona se siente abrazada en su herida, el Evangelio se volvió verdad, no hace falta decir nada más.

Y finalmente, está esta palabra que nos confronta a todos: **permanecer**. Permanecer cuando ya no es agradable, cuando el cansancio pesa, cuando el proceso duele o se alarga más de lo previsto. Permanecer cuando no sabemos qué decir. Permanecer cuando no hay resultados, ni gratitud, ni claridad. Permanecer como María al pie de la cruz, mirando, sosteniendo con la sola presencia. Sin discursos, sin explicaciones. Solo ESTAR. Y a veces, permanecer es el acto más profundamente evangelizador que existe.

Acoger, escuchar, abrazar, permanecer. No son etapas, ni son solo técnicas pastorales. Son **formas de amar**. Y amar así **evangeliza sin necesidad de muchas palabras**.

La conversión no viene necesariamente por argumentos o discursos elocuentes. La gente se convierte cuando se siente mirada con dignidad. Cuando descubre que aún con sus sombras, **hay un lugar para ella**.

Quizá, al final del día, eso es lo que más necesitamos: pararnos frente al otro como Cristo se para frente a nosotros, sin exigencias, sin defensas, sin prisa y permitir que la gracia pase a través del cuerpo, la palabra, el silencio, la mirada, la presencia.

No es fácil, pero es real y la buena noticia es que es posible.

La fe se vuelve creíble cuando se vuelve **humana**: “y el Verbo se hizo carne y puso su morada entre nosotros”. Y cuando se vuelve humana... Dios aparece.

Acoger abre la puerta.  
Escuchar deja entrar.  
Abrazar sana.  
Permanecer sostiene.